

del caudillaje, mito del origen de lo agrícola, mito solar y mito redentor y salvador.

En los pueblos americanos por su mayor primitivismo y por no haber alcanzado el grado de desarrollo literario elevado de los griegos y romanos, a la vez que por una predilección por lo oscuro, indeciso, terrorífico, no encontramos esa postura crítica que frecuentemente surge en los comentarios sobre la vida de sus deidades. La mitología americana da un marcado carácter instintivo a los acontecimientos y caracteres. Parece como si el concepto indio de lo maya, o forma de ilusión particular, que envuelve a cada cosa creada, aunque sea un dios, acompañe siempre a tales intuiciones míticas. Esta continua intuición de lo relativo y transitorio de cada forma y destino, que da un carácter pesimista, deriva en gran parte de las peculiares condiciones de vida.

### *Concepto del mito en el pueblo mejicano*

El mito es una interpretación de la realidad. En él encuentra el antiguo poblador de Méjico la explicación de todos los seres y fenómenos. Lo que nos dan los sentidos es sólo una apariencia compleja y problemática. Frente a este enigma que es la realidad, el mito viene a ser una orientación espiritual con vigencia para este mundo. Como hay un pensamiento mítico podría hablarse también de una visión mítica, que ni se contenta con las formas aparentes ni les reconoce fuerza de norma. Para las representaciones a las que ha dado expresión ha debido servirse de un lenguaje propio. En la idea del hombre paleo-mejicano el mito es la realidad y su arte un realismo mítico. El mito, medida de todas las cosas, según aquella concepción, concede al hombre un lugar muy modesto. No es más que un humilde servidor de los dioses, o mejor dicho, su auxiliar en la gigantesca obra de mantener el orden cósmico por el que él y la comunidad pueden subsistir. El arte —palabra desconocida por el antiguo mejicano— es la interpretación del mito y su función crear estatuas de los dioses y los objetos necesarios para el ejercicio del culto. Para la glorificación del hombre, de su personalidad, de sus hazañas y de los hechos históricos no hay oportunidad alguna ni se le concede valor eterno de cultura, ni de progreso espiritual. El hombre nunca llega a ser objeto de representación, a lo sumo, testigo, y en caso excepcional, de la grandeza y omnipotencia del obrar divino, dentro de las civilizaciones clásicas de Méjico.

Los antiguos dioses mejicanos eran encarnaciones de las fuerzas de la naturaleza, eran demoníacos, terribles, crueles, nefastos y destructores como los elementos naturales. En su carácter pavoroso se muestran grandes, sublimes y extraordinarios, pero no debían ser «hermosos» o «bellos», porque su imagen divina no debía provocar sentimientos estéticos, su destino era provocar en la entraña espiritual de la emoción religiosa, esa profunda entrega a ellos, que lleva al sacrificio de la propia vida y al regalo del cuerpo y de la sangre del hombre. Todo lo que supusiera una transformación del sentimiento religioso en imágenes bellas, sería despojar a aquél de esas fuerzas mágicas y míticas que posee y que están lejanas al mundo humano, terrenal y material.

Por otro lado, la experiencia fascinante de lo irracional no cesó nunca de inspirar la fantasía religiosa y por ende, la artística. La muerte y el sacrificio humanos no solamente estaban concebidos como algo positivo para la humanidad, sino como necesarios para la redención del mundo y del hombre e imprescindibles para el logro de alcanzar

la luz, la verdad, la explicación y comprensión de la vida y del existir. Es por esto, por lo que se nos hace tan ambigua toda explicación mítica, si las comparamos con la mitología griega, o germánica, y también es el elemento que condiciona la comprensión estética de su arte. El arte paleomexicano quiso dar expresión a lo inefable, lo sublime, lo no perceptible por los sentidos y conferir formas plásticas a representaciones mágico-míticas.

Es un arte expresionista, imaginativo, muchas veces alucinante, que da cauce libre al fruto de la imaginación.

Debemos tener en cuenta también que el artista perteneció a la clase sacerdotal, y que por lo tanto, la imaginación y la fantasía creadoras estaban condicionadas por una serie de ideas de tipo mágico-mítico-religioso y que esta representación y este quehacer artístico estaban rodeados de misterio. El arte como concepto propio no existía y lo que hoy vemos con ojos de representación artística tenía una funcionalidad como representación mítica, y tenía por otro lado un carácter didáctico y servía de modelo de imitación, demostración para el ejemplo del hombre y necesario a la existencia. Por otro lado, el dualismo viene a ser el principio esencial del antiguo mundo mexicano, determinando las representaciones de los dioses, de la naturaleza y del arte.

Hay una lucha de fuerzas contrarias, destructoras y creadoras, verdadero antagonismo que forma y transforma el mundo. El dramatismo de esta lucha explica los acontecimientos de la naturaleza. La propia naturaleza se explica con esta dualidad sequía-lluvia, frío-calor, muerte-vida, duro-blando, etc. Hay unos dioses que luchan contra otros. La destrucción de los cuatro mundos, consignada por el mito paleomexicano no es como el diluvio un castigo contra la impiedad de los hombres, sino un duelo entre los grandes rivales divinos. Quetzalcóatl (el dios blanco) y el negro Tezcatlipoca, que constantemente están destruyendo el mundo creado por el otro. Su lucha constituye la historia del universo y sus triunfos alternativos son la explicación de la tensión creadora. El origen de la obra maestra y principal de la escultura azteca tiene su significación en su explicación dual; es la monumental figura de la diosa Coatlicue, símbolo y representación de la diosa tierra, que a la vez simboliza la vida y la muerte, aunque sin embargo, yo le doy un valor negativo, destructor, nocturno, material y terrestre, es decir, lo femenino como símbolo de la anticreación, degeneración y oscuridad espiritual y cultural, es decir, que para mí Coatlicue estaba concebida como una significación o valoración antifeminista.

Vemos que el México antiguo basa su concepción del mundo, su ideario y su pensamiento en el principio del dualismo. Sin embargo, como dice *Paul Westheim*, falta el dualismo entre la vida y la fe. El mito como ya vimos no es un dominio al margen de la vida; no es la satisfacción de las necesidades materiales sino que abarca la totalidad de la vida, tanto la religiosa como la profana, y ésta está total y absolutamente determinada por la religiosa. Cualquier empresa, cualquier hecho o acción que realicemos, de la índole que sea, sólo puede tener sentido, sólo puede tener éxito, si se realiza en consonancia con la voluntad de los dioses y con su ayuda. Lo que los sentidos transmiten al hombre del México antiguo es apariencia, cosa problemática, susceptible de diversa interpretación. Pero esta interpretación mítica no se reduce a lo físico, sino que se apoya en las representaciones cósmicas del hombre. El mito transforma todo acaecer y to

fenómeno; los priva de su naturaleza terrenal y les confiere una nueva entidad, reveladora de ese misterio, que es la realidad y de la existencia del hombre dentro de ella. El hombre del Méjico antiguo, arraigado en el mito, impregnado del mito, recurre a él para interpretar lo que ve. Ve a través del mito. Al pensamiento mítico —como dice *Paul Westheim*— corresponde un ver mítico; un ver que descubre en todo fenómeno un sentido mítico. Cada cosa, cada ser, cada acción, o cada hecho se produce, tiene una razón de ser, una explicación metafísica, más allá de lo real, de lo aparente. La realidad es lo que representa, lo que significa, su valor mítico, su valor filosófico, su esencialidad. *Paul Westheim* nos cita el ejemplo del colibrí. El colibrí no es para el hombre del Méjico antiguo, un simple pájaro, es —primero y ante todo— lo que el mito ha hecho de él, el símbolo de la resurrección. Estamos, pues, según mi opinión, muy cercanos a un pensamiento panteísta, de divinización de todo cuanto acontece y de todo cuanto existe.

Para el hombre y el creador artístico del Méjico antiguo, la apariencia física no es sino disfraz, bajo el cual se oculta la verdadera naturaleza. El realismo del arte antiguo de Méjico, como ya dijimos, es un realismo mítico.

Bancroft dice: «los animales no son a veces sino hombres disfrazados. Esta idea es frecuentemente la base de la santidad de determinados animales».

## II. Consideraciones de Quetzalcóatl y Coatlicue desde el punto de vista etimológico y semántico

### a) De Quetzalcóatl

Del azteca quetzal (pluma) = valor de lo aparente, de lo bello, lo etéreo y celeste, lo estético.

Cóatl = culebra o lombriz de estómago.

Coat o cuat = gemelo; en el caso de Quetzalcóatl, estrella matutina y vespertina.

El quetzal = es un pájaro de América Central, de pies trepadores, pico corto y robusto, arqueado, ancho en la base; cobijas largas, moño comprimido, más desarrollado en el macho; plumaje suave, verdoso con brillo metálico; vientre rojo escarlata, remeras y timoneras medio negras, blancas las timoneras externas. Es de unos 25 cm. de tamaño. Es indomesticable pues muere de ira en la cautividad. Hoy es ya raro. Esta ave sagrada de los antiguos mejicanos, que daban a sus plumas el mismo valor de la esmeralda y que constituían el mejor tributo como adorno del manto de los emperadores aztecas, fue también ave mitológica como símbolo de la belleza de los dioses, y aún hoy se usan sus plumas como talismán y se atribuyen propiedades curativas secretas a su corazón.